

pregunto: ¿con qué fin nos la ha dado Dios? El fin de una religion que viene de Dios no puede ser más que el conocimiento de verdades esenciales y la práctica de deberes importantes; luego el hombre ha obtenido de Dios aquello que necesitaba; luego no le eran precisos otros conocimientos que los que había recibido de la naturaleza. En cuanto á los medios de cumplir con sus deberes, es imposible que Dios los haya negado, porque nos sería inútil el conocimiento de la verdad si Dios no nos hubiese dado la fuerza necesaria para creer y para obrar: "En vano me instruiré de los dogmas, si ignoro los deberes; en vano conoceré mis deberes, si permanezco en la ignorancia de verdades esenciales, y en vano adquiriré el conocimiento de las verdades y de los deberes, si se me niega la gracia de creer y de practicar. Luego yo he tenido siempre esas ventajas; luego la religion natural no había dejado nada de necesario y esencial que supliera la revelacion; luego esta religion no era insuficiente." (1).

Grande es el apuro de los apologistas. No pueden negar que haya verdades que el hombre conoce por la razon, ni tampoco que el hombre haya practicado los deberes morales sin la revelacion; no encontrando otra salida, dicen que falta á la ley natural, para llegar á ser una religion, la certidumbre. *Diderot*, por el contrario, sostiene que únicamente la religion natural es cierta, mientras que la aparente certidumbre de la religion revelada encierra disidencias infinitas. "Llamad á un religionario cualquiera, preguntadle, y pronto os convenceréis de que, entre los dogmas de su religion, hay algunos que, ó cree menos que los demás, ó niega, sin contar una multitud de ellos que, ó no entiende, ó los interpreta á su modo. Hablad á un segundo sectario de la misma religion, repetid con él vuestro ensayo, y le encontraréis exactamente en las mismas condiciones que su vecino, con la sola diferencia de que lo que éste no niega de ninguna manera y admite, es lo que el otro niega ó sospecha; que lo que uno no entiende, es lo que el otro cree entender más claramente, y lo que á uno le apura, no le crea al otro la menor dificultad; sin embargo, al ver á todos esos hombres acudir en tropel á los piés de los mismos altares

(1) DIDEROT. *De la suficiencia de la religion natural*, núm. 1 (Obras, t. I, p. 132).

se les debería creer de acuerdo en todo, y el hecho es que no lo están casi en nada." (1).

En realidad, la certidumbre absoluta y la unidad de la fe no son más que una ficcion; hay más: los únicos puntos sobre los cuales puede haber un concierto de convicciones son las verdades que la razon y la conciencia nos revelan; fuera de aquí no hay más que una fe ciega; y ¿por qué ha de pretender un ciego que su vecino participe de su ceguera? ¿Cuál es, en definitiva, la relacion entre la religion natural y la religion revelada? Los apologistas dicen que la primera es insuficiente, pero que esa insuficiencia no es aplicable más que á los misterios; es como si se dijese que la religion natural no es bastante clara, porque la faltan tinieblas. Bastantes misterios tiene el hombre para que necesite que se le rodee de más oscuridad aún. Si aspira á la verdad, es porque tiene necesidad de luces, y la revelacion no se las da ciertamente; si le queda incertidumbre, es porque su razon imperfecta no le permite ver toda la verdad; ¿para qué sirve entonces la revelacion? Históricamente tiene razon de ser; pero son pasajeras las circunstancias que la hicieron necesaria, y no está lejos el momento en que deje su lugar á la religion natural. Entonces podrá decirse, con *Diderot*, "que todas las religiones del mundo son sectas de la religion natural, y que los Judíos, los cristianos, los musulmanes y hasta los paganos, no son más que naturalistas herejes ó cismáticos." (2).

N.º 2. — ¿Es la revelacion milagrosa el mejor medio de esparcir la verdad?

I.

La revelacion es una intervencion milagrosa de la Providencia: Dios es quien, en su infinita bondad, suspende las leyes de la naturaleza para impresionar el espíritu de los hombres. ¿Con qué fin? Con el de comunicarles las verdades de fe, cuyo conocimiento les es necesario para la salvacion eterna; tal es la doctrina ortodoxa, que supone desde luego que Dios quiere hacer depender de ciertas creencias la salvacion eterna, y que le place reve-

(1) DIDEROT. *De la suficiencia de la religion natural*, núm. 27 (Obras, t. I, p. 140).

(2) DIDEROT. *De la suficiencia de la religion natural*, núm. 26 (Obras, t. I, p. 139).

larlas sin que los hombres las comprendan, porque todo lo que revela es misterio. Hé aquí una suposicion que no pueden admitir los libres pensadores, para quienes la salvacion no es más que el desenvolvimiento de las facultades morales é intelectuales; si no basta á los hombres su razon para llenar su mision, si les fuera necesaria una revelacion, sería preciso que ésta obrase sobre la inteligencia y sobre el corazon; ahora bien, ¿cómo es posible que una revelacion de verdades que no podemos concebir desenvuelva nuestra razon y nuestros sentimientos?

Este es un "no ha lugar", que la filosofia opone á la revelacion; los libres pensadores añaden que, aun colocándose en el punto de vista de la ortodoxia, no puede creerse que Dios se sirva de medios sobrenaturales para iluminar y guiar á los hombres en el camino de la salvacion. Hay un primer punto que es cierto, y es que la revelacion se dirige á todo el género humano; cualquiera que sea la barbarie de la teologia cristiana, ha profesado siempre, en teoria al menos, que Dios quiere salvar á todas las criaturas; luego entonces debe tambien enseñar á todos las verdades sobrenaturales que constituyen el objeto de la revelacion; por tanto, debe hacerse de manera que en todos los tiempos y en todos los lugares, todos los hombres, grandes y pequeños, sabios é ignorantes, Europeos, Indios, Africanos y salvajes, se aperciban igualmente de los signos extraordinarios por medio de los cuales anuncia y confirma Dios la mision de los reveladores; es preciso tambien que la doctrina revelada llegue á conocimiento de todos con el mismo grado de certidumbre. Si, dice *Rousseau*, y la conciencia humana está de acuerdo con él: "Si hubiera una religion sobre la tierra fuera de la cual no hubiese más que pena eterna, y hubiera en algun lugar del mundo un solo mortal que no tuviera noticia de su evidencia, el Dios de esa religion sería el más inicuo y el más cruel de los tiranos." (1). ¿Responde á esas condiciones la religion cristiana? Por de pronto sienta el terrible principio de que fuera de su seno no hay salvacion. Los Evangelios, los Padres de la Iglesia, los concilios, están de acuerdo en decir que aquel que no tiene fe en Cristo no puede obtener la vida eterna; aho-

(1) ROUSSEAU, *Emilio*, lib. IV, *Profesion de fe del vicario sa- boyano*.

ra bien, Cristo no vino hasta cuatro mil años después de la creacion; ¿cómo, pues, han podido salvarse los que murieron ántes de su venida? Les era necesario por lo menos la fe en el Salvador futuro, responden los teólogos; y ¿quién tenía esa fe ántes de la encarnacion? Los Padres de la Iglesia suponen, aunque gratuitamente, que los justos de la antigua ley vivían en la esperanza de un Salvador; es verdad que había vagas esperanzas de un reino mesiánico, pero éstas no tenían nada de comun con un Salvador, Hijo de Dios, porque cuando vino Cristo, no quisieron reconocerle los Judíos como el Mesías anunciado por los profetas. En rigor, pues, podría sostenerse que toda la humanidad anterior á la encarnacion vivía en la absoluta ignorancia del Salvador, de donde se saca la consecuencia espantosa de que todos los pueblos más antiguos serían condenados.

Los defensores del cristianismo pretenden que su religion no condena á nadie. Dejemos por un momento la condenacion á un lado, ya volveremos otra vez á ella; de todos modos, siempre parece que, si los paganos se salvan, no fué por la revelacion. La ley antigua, segun los cristianos, contiene en figura toda la doctrina de la ley nueva. Sea; pero ¿de quién era conocida esta ley? De los Judíos solos; y esto es tan verdad, que se les llama el pueblo de Dios para demostrar que eran objeto de una predileccion particular. En cuanto á las demás naciones, ignoraron mucho tiempo la existencia de la raza de Israel; no sabían, por consiguiente, que hubiese una revelacion, y cuando empezaron á conocer á los Judíos, no manifestaron el menor deseo de escuchar su ley; los despreciaban demasiado para pensar en instruirse entre ellos; la conclusion es que la primera revelacion no aprovechó más que á una minoría imperceptible. Hay más: la historia nos enseña que los milagros operados por Moises y sus sucesores no convencieron ni aún á los que los presenciaron. ¡Convengamos en que Dios escogió un medio muy singular de iluminar á los hombres, revelándose milagrosamente á ellos! La inmensa mayoría del género humano ignora la revelacion, y aquellos á quienes se dirige más especialmente la han aprovechado tan poco que durante muchos siglos han desconocido al Dios, que les ha hablado; y cuando acaban por convertirse, comprendían tan poco la palabra de Dios, que mataron al Cristo que les anunciaba esta pa-

labra. ¿Valía la pena de suspender las leyes de la naturaleza para llegar á semejante resultado?

¡Paciencia! responden los apologistas; todo lo que era oscuro bajo la antigua ley llegará á ser más claro que el día bajo la nueva. Cristo va á aparecer: Dios ha enviado á Moises y á los profetas para anunciarle. Coloquémonos en este órden de ideas, y veamos si la revelacion cristiana era de tal naturaleza, que llamase la atencion del universo por su evidencia. Jesucristo atestigua su mision por medio de profecias y milagros; ¿son estos los mejores medios que Dios ha podido escoger para acreditar á su Hijo? Las profecias son ignoradas de todos los pueblos, á excepcion de los Judíos; ahora bien, los Judíos niegan que sus profecias hayan anunciado un Hijo de Dios, y tienen tan poco respeto hácia aquel que se da el nombre de tal, que le crucifican; y si las profecias son de tal manera oscuras que los Judíos no las entienden, por más que estén escritas en su lengua y para ellos, ¿cómo habian de comprenderlas los demas pueblos? Restan los milagros, que son signos hechos delante de una poca gente oscura, y de los cuales el resto del mundo no sabe más que de oídas; es más: nótese que hasta los testigos oculares de esos prodigios se obstinan en su incredulidad; ¿cómo se quiere que persuadan á aquellos que no los han visto, ni mucho ménos á aquellos que no han oido hablar de ellos, cuando esos milagros hubieran debido llenar de asombro á la tierra entera?

Dejemos las suposiciones y consultemos los hechos: ¿ha difundido la revelacion cristiana la palabra de Dios por toda la tierra? San Pablo afirma que no hay un pueblo, ni un alma, que no supiera la buena nueva; no acredita mucho esta afirmacion al gran apóstol, porque han trascurrido diez y ocho siglos desde que escribió esas palabras, y hay todavía muchos pueblos y muchas almas que jamas han oido hablar de Cristo; no preguntaremos cómo conseguirán esos pueblos su salvacion, puesto que los apologistas no quieren que se trate esta cuestion; pero nos será permitido preguntar para qué sirve una revelacion milagrosa: ¿para enseñar á los hombres la ley de la vida, cuando al cabo de dos mil años ignoran ellos todavía el nombre del revelador, aunque este revelador sea el mismo Dios? Evidentemente estaba mal escogido el medio: mirad, dirémos á los defensores del cristianismo; ved lo que pasa ante vuestra vista: en Europa se pier-

de la fe, vosotros mismos lo decís; ¿y por qué se pierde? Porque los hombres no creen ya en lo sobrenatural; así pues, la humanidad deserta de vuestra revelacion por ser milagrosa; confesad que Dios ha estado desdichado recurriendo á los milagros y á las profecias para revelarse. Fuera del mundo europeo, es casi desconocida vuestra revelacion, á pesar de vuestros heroicos esfuerzos, y es que los medios sobrenaturales se conciertan mal con la verdad, á pesar de haberse traducido á viva fuerza la Sagrada Escritura en todas las lenguas conocidas: ¿dónde están los frutos de tanta laboriosidad? Mahoma, á quien tratais de impostor, cuenta con tantos sectarios como vuestro Hijo de Dios, y se dice que Buddha cuenta con más; despues de esto, ¿no tenemos derecho para deducir que la revelacion milagrosa es un mal medio de enseñar la verdad? (1).

Hay apologistas que prescindien de los milagros y de las profecias, ateniéndose á la doctrina, y tienen razon; pero los libres pensadores les objetan que, tratándose de la revelacion, es preciso probar que es revelada la doctrina; ahora bien, si se hace abstraccion del elemento sobrenatural, ¿cómo se ha de convencer de que los libros sagrados contienen la palabra de Dios? Los Judíos sostienen que su Escritura es la verdadera palabra de Dios, y los Mahometanos dicen otro tanto: ¿á quién hay que creer? Lo más singular es que todos esos libros están escritos en lenguas que la inmensa mayoría de los fieles no comprenden; los Judíos no entienden el hebreo, y los cristianos no entienden ni el hebreo ni el griego; no es esa, dice *Rousseau*, una manera muy sencilla de instruir á los fieles, hablarles en una lengua que no conocen? Se traducen esos libros, se dirá; ¡bella respuesta! ¿Quién me asegurará que son fielmente traducidos y que es posible que lo sean? Cuando Dios se decide á hablar á los hombres, ¿para qué se necesitan intérpretes? Y esta es todavía la menor dificultad; aun cuando el mundo entero comprendiese el hebreo y el griego, no estaria más aletanado; porque ¿quién le dirá que ese hebreo y ese griego son la palabra de Dios? Los protestantes no tienen respuesta á esta objecion, y los católicos triunfan diciendo que la Iglesia sale garante de la divinidad de la Escritura; mala garantía, responden los filósofos; por-

(1) BOLINGBROKE. *Philosophical works*, t. IV, p. 270.

que ¿quién nos asegura que la Iglesia es infalible? "La Iglesia, dice *Rousseau*, decide que tiene el derecho de decidir; ¡vaya una autoridad bien probada!," ¿Se dirá que la Iglesia tiene á su favor las palabras de Cristo? Pero ¿dónde se encuentran esas palabras? En la Escritura. Y ¿quién garantiza la divinidad de la Escritura? La Iglesia, responde San Agustin; luego *Rousseau* tiene razon. Pasemos por alto el círculo vicioso y admitamos la infalibilidad de la Iglesia, é irémos á parar á las más espantosas consecuencias, al despotismo intelectual y político del pontificado, á la servidumbre del pensamiento, á la esclavitud de los pueblos; ¿había de ser éste el medio que Dios hubiera escogido para atestiguar su palabra y conservarla? Los hombres que aman la libertad se asustan hasta el punto de decir que, si no fuese posible la revelacion más que con la infalibilidad del papa, preferirian renunciar á la revelacion (1). En el fondo, todos los protestantes son de esta opinion.

Ya es tiempo de oír á los apologistas: ¿queréis saber por qué Cristo no ha venido sino despues de cuatro mil años? *Leland* os lo dirá: si hubiese venido ántes, se habria tratado la revelacion de fábula, por falta de testimonios (2). ¿Acaso los libres pensadores no la califican de fábula, aunque Cristo haya venido en el siglo de Augusto? Y si Dios queria realmente revelarse á los hombres, ¿no había de encontrar medio de hacerles creer en su palabra? ¿Es posible que dejara á la humanidad en las tinieblas de la muerte durante cuatro mil años por temor de que no se le creyera? Hé aquí un Dios bien impotente, y sobre todo, bien injusto. *Leland* niega la injusticia: la desigualdad reina por todas partes en el mundo; ¿quién se atreveria á decir por eso que Dios no era justo? *Bergier* insiste en este tema, y á fuerza de querer lavar la revelacion de la mancha que se la imputa, la pone en evidencia: segun el principio de la igualdad, dice, Dios no podría conceder un beneficio natural en el órden moral á un individuo ó á un pueblo, sin compararle con los demas, y no podría dar más inteligencia y más fervor para la virtud á este que á aquel, ni procurar á una nacion la civilizacion y la pureza de costumbres más bien que á otras (3); nosotros

(1) ROUSSEAU, *Emilio*, lib. IV. *Profesion de fe del vicario saoyano*.

(2) LELAND, *a Defence of christianity*, t. II, p. 451.

(3) BERGIER, *Tratado de la verdadera religion*, t. V, p. 21.

dirémos á *Bergier* que su apologia implica el mayor agravio que los libres pensadores ven en la revelacion; confiesa que la palabra de Dios no ha sido revelada á todos los hombres; tomemos acta de la confesion, y veamos las consecuencias á que conduce.

II.

La revelacion es desconocida de la mayor parte del género humano; si esta es la via de salvacion, la única via, ¿qué se desprende de esto? La antigua teología no vacila en responder que todos los que ignoran á Cristo están condenados. Condenaba sin reparo á los niños sin bautizar, y no retrocedía tampoco ante la condenacion de pueblos enteros; y cuando se le oponía la injusticia, la barbarie de esta creencia, respondía con el dogma del pecado original. Contra el cristianismo revelado, de esta manera entendido, es contra lo que los filósofos del siglo XVIII, y sobre todo *Rousseau*, se indignan con violencia, al mismo tiempo que la conciencia humana participa de esta indignacion. La salvacion, decian ya *Montaigne* y *Charron*, viene á ser una cuestion de geografia; la casualidad del nacimiento puede hacernos elegidos ó condenados: "¿Cuántos hombres son en Roma muy buenos católicos, que por la misma razon serian muy buenos musulmanes, si hubiesen nacido en la Meca! Y reciprocamente, ¿cuántos hombres honrados son muy buenos Turcos en Asia, que serian excelentes cristianos entre nosotros! Puesto que su religion es efecto del azar, imputarla es una iniquidad, es recompensar ó castigar por haber nacido en tal ó en cual pais; y atreverse á decir que Dios nos juzga así, es ultrajar su justicia," (1).

Los apologistas modernos no tienen ya la fe robusta de San Agustin, y no se atreven á mofarse, como hace el Padre de la Iglesia, de los que quieren salvar á los Catones y á los Escipiones; pero ¿cómo concebir que se salven aquellos que no conocian á Cristo? No hay hipótesis ridicula que los defensores de la revelacion no hayan inventado por la necesidad de su causa; hé aquí, desde luego, al bueno de *Clarke*, que era semi-herje, á creer á los ortodoxos, y que tendia naturalmente á salvar el mayor número posible de hombres; él no duda

(1) ROUSSEAU, *Emilio*, lib. IV.

que el sacrificio de Jesucristo haya aprovechado á todos los que han vivido ántes de su venida, y llega hasta á decir que nadie lo ha negado nunca, lo cual es un error evidente y hasta una herejía á los ojos de los discípulos de San Agustín; por la misma razon, dice, puede creerse que la muerte de Cristo salva á los que, habiendo nacido despues de su venida, no han oido hablar nunca de la revelacion cristiana (1). ¿Cómo puede salvar el sacrificio de Jesus á los que le ignoren? Este es un nuevo misterio que los teólogos han imaginado, misterio tan absurdo como aquel que debe explicar ó justificar; teniendo los católicos legiones de angeles á su disposicion, ¿por qué no las emplean? Esta sería más fácil tarea; saldrían del paso enviando un ángel á instruir á cualquiera que, estando en ignorancia invencible, hubiera vivido moralmente bien. ¡Oh qué bella invencion es la del ángel! Pero el ángel no les basta; tenemos aún al Espíritu Santo. En todo caso el mismo Dios debe intervenir, directa ó indirectamente, á fin de salvar á los que estuviesen condenados por haber ignorado su revelacion. ¡Oh qué bella cosa es la revelacion! Ella no alcanza á salvar ni á aquellos á quienes ha revelado la ley de salvacion; es preciso que Dios se mezcle en ello. ¿Por qué no se pasa sin revelacion, y así simplificaría mucho la tarea?

Ángel ó Espíritu Santo, sacrificio de Jesucristo, ó lo que se quiera imaginar para salvar á todos los que están fuera de la religion revelada, la consecuencia de todas esas caritativas invenciones es la misma: que la revelacion cambia de naturaleza; no ya la revelacion implacable de San Agustín que condena á Sócrates y á Marco Aurelio, ni la revelacion que es la única condicion de salvacion, sino una revelacion más humana, que permite salvar á los gentiles, á los Judíos, á los mahometanos y á los budhistas; pero entónces, ¿para qué sirve la revelacion? Segun la doctrina agustiniana, es de una necesidad indispensable: el hombre, desde la caída, está bajo la ley de muerte, y necesita un Salvador, un Reparador; pero si, aún estando bajo el golpe del terrible pecado original, puede salvarse, aún cuando no haya oido hablar de Cristo, ¿de qué sirve Cristo y su encarnacion milagrosa? ¿Para qué es buena su muerte y su resur-

(1) CLARKE, *the Evidences of natural and revealed religion*, página 270.

reccion? La revelacion no tiene ya razon de ser.

En el siglo XVIII hubo apologistas que estimaron prudente batirse en retirada. *Leland*, el principal adversario de los deistas ingleses, confiesa que la revelacion no es condicion necesaria de la salvacion; esta era la opinion de *Clarke*. Si la revelacion no es necesaria, dicen ellos, es, sin embargo, útil; ¿útil para qué? Para dar más claridad á la ley natural, dice *Clarke*, y más certidumbre; de suerte que, en definitiva, la religion revelada no es otra cosa que la religion natural. Un adversario de *Rousseau*, pastor reformado, lo dice con todas sus letras; *Rousseau* no comprendía por qué era necesaria otra religion que la natural; es preciso otra, responde el pastor: "La revelacion no es más que una exposicion del teísmo, pero mucho más clara y más detallada," (1). Evidentemente esta no es ya la antigua revelacion, que tenia por objeto esencial el suplir la insuficiencia de la religion natural, revelando verdades que la razon no hubiera podido descubrir, porque están por encima de ella; estos misterios desaparecían con la revelacion nueva, no quedando más que las verdades que la razon ha descubierto con sus solas fuerzas; ¿para qué sirve la revelacion, reducida á eso? Dícese que porque aún es útil; nosotros respondemos, y los ortodoxos serán ciertamente de nuestra opinion, que si la revelacion es únicamente útil, viene á ser inútil.

¿En qué consiste, en efecto, la ventaja de la revelacion si sólo se la considera bajo el aspecto de la utilidad? Porque da más claridad, se dice, y más certidumbre á la ley natural; al hablarse de claridad hay que prescindir de la Trinidad y de todos los misterios; pues entónces ¿qué queda? Limitarse á la inmortalidad del alma y al culto que es debido á Dios. "Si Platon y Ciceron, se dice, permanecieron entre tinieblas, á pesar de su genio, ¿quién nos asegura que nuestros filósofos hubieran sabido más sin la revelacion? ¡Ingratos! exclama *Leland*, que atacan la revelacion debiéndola todas sus luces," (2); ya hemos respondido de antemano al apologista inglés; la creencia de una vida futura no nos viene de las religiones reveladas: los Gentiles la tenían y tambien nuestros antepasados, los Celtas y los Germanos; mezclaban á ella erro-

(1) *Exámen crítico de la parte segunda del vicario saboyano* por A. J. R., pastor en Londres, 1776, p. 2.

(2) *LELAND, a Defence of christianity*, t. I, p. 97.

res, concedido; pero ¿acaso enseña el cristianismo la verdad? ¿Nos da la vision beatífica idea clara del paraíso? ¿Han aumentado las torturas eternas del infierno nuestra certidumbre sobre la justicia de Dios? La teología cristiana ha sustituido con fábulas nuevas las fábulas del paganismo: no tiene por qué alabarse. En cuanto á la moral propiamente dicha, ¿en qué consiste esa claridad tan grande? ¿Dónde la certidumbre que el Evangelio da á nuestros deberes? ¿Acaso en falsearlos por un espiritualismo excesivo, desconociendo el matrimonio, desatando los lazos de familia ó exagerando la caridad? Que se comparen las preocupaciones, las supersticiones groseras de los Padres de la Iglesia y de los grandes doctores de la Edad Media con las ideas y los sentimientos de los filósofos modernos, y se decida si es la revelacion cristiana la que ha iluminado á la filosofía; y ¿á qué deben su superioridad? Á un elemento de nuestra propia naturaleza que no tienen en cuenta los defensores del cristianismo, á la perfectibilidad de nuestras ideas y de nuestros sentimientos.

Los libres pensadores deducen que la revelacion es inútil, y desde ese momento es cierto que no la hay: solamente por una falsa idea del destino humano es por lo que se ha creído en la necesidad y utilidad de una intervencion milagrosa de Dios para guiar á los hombres en el camino de la salvacion. La salvacion en la doctrina cristiana es una cosa misteriosa, la redencion del pecado original. Para libertar al hombre de las consecuencias de un pecado imaginario, se persuadieron de que habia necesidad de una accion directa, igualmente imaginaria, de la divinidad. Si el pecado original es un mito, no hace falta un Redentor, ni una gracia sobrenatural que salve á unos y deje á los demas bajo el peso de una condenacion tan cruel como inconcebible; repudiando ese terrible dogma, cambia completamente el destino del hombre; su salvacion consiste en un hecho natural, en el desenvolvimiento armónico de nuestras facultades, y cuando se trata de un hecho natural no es necesaria una revelacion sobrenatural de Dios. El hombre desenvuelve sus facultades por medio de las solas fuerzas de su naturaleza; para el desarrollo físico nadie lo ha negado nunca, y para el intelectual es de toda evidencia: todavía no se ha disputado el alto grado de cultura que alcanzaron los antiguos, sin necesidad de una revelacion mila-

grosa. ¿De quién hemos recibido nuestra civilizacion? ¿Del pueblo de Dios ó de los Griegos y de los Romanos?

Preténdese que no sucede así con la cultura moral; aún para ésta es suficiente la naturaleza, tan pronto como se abandona la idea de una salvacion sobrenatural. Se ha tratado de representar las virtudes de los paganos como pecados ostentosos. ¡Dios nos dé esos pecados en lugar de esas virtudes ficticias del cristianismo revelado! Un ilustre filósofo que se decía cristiano, pero que vivía como libre pensador, *Leibnitz*, confundió el estrecho celo que desconocía la grandeza de los Sócrates y de los Marco Aurelio: "Está fuera de duda, dice, que aunque no hubiera revelacion, la recta razon bastaría para enseñarnos las virtudes interiores, la piedad y probidad del alma," (1). Hé aquí la santificacion en su más alta expresion; ¿qué más se necesita para la salvacion del hombre? La filosofía responde que la salvacion consiste precisamente en perfeccionar nuestra inteligencia y en practicar la virtud, y la doctrina de los filósofos ha llegado á ser una conviccion general. No hay ya más que los defensores interesados del cristianismo tradicional que persistan en enseñar que no bastan las virtudes morales, que es menester la gracia, y que la gracia no se tiene más que en el seno de la Iglesia; pero predicán en desierto y muy pronto no les escucharán ni los niños; les aconsejamos que vistan luto por la salvacion milagrosa, así como por los caminos milagrosos enseñados por la revelacion para alcanzarla; y si se obstinan en predicar una doctrina que repugna á la conciencia, perderán al cristianismo juntamente con la Iglesia.

§ II.—La revelacion progresiva.

"N.º 1. — ¿Es posible la religion fuera de la revelacion milagrosa?"

I.

La creencia en lo sobrenatural desaparece: tal es el hecho más considerable que se va produciendo en el seno de la humanidad moderna. Ya no se cree en una caída misteriosa, ni en una reparacion

(1) *LEIBNITZ, Epist. ed. Kortholt*, t. III, p. 247.